

PROCTOR: Entonces, ¿a qué viene?

PUTNAM: ¡En el pueblo hay niños muriéndose, caballero!

PROCTOR: No veo morir a ninguno. Esta comunidad no ha de ser un juguete para que lo agitéis a vuestro gusto, señor Putnam. (A Parris.) ¿Habéis convocado a sesión antes de...?

PUTNAM: ¡Estoy harto de sesiones! ¿Es que el pobre hombre no puede volver la cabeza sin tener que convocar a sesión?

PROCTOR: Puede volver la cabeza, pero no hacia el infierno.

REBECCA: Te ruego, John, cálmate. (Pausa. Él cede ante ella.) Señor Parris, creo que lo mejor será que, tan pronto como venga, mandéis al reverendo Hale de vuelta. Esto nos va a traer nuevas disputas en la comunidad y habíamos quedado en que este año habría paz. Creo que ahora deberíamos confiar en el médico y en una buena plegaria.

ANN: ¡Rebecca, el doctor está desconcertado!

REBECCA: Entonces, si lo está, acudamos a Dios. Hay un peligro monstruoso en ponerse a buscar espíritus errantes. Lo temo, lo temo. Es mejor que busquemos la culpa en nosotros y que...

PUTNAM: ¿Cómo hemos de culparnos a nosotros? Yo soy uno de nueve hijos; la semilla de los Putnam ha poblado esta región. Y sin embargo, de ocho criaturas sólo me queda una... y esa una se está marchitando.

REBECCA: Esto no puedo desentrañarlo yo.

ANN (con un creciente dejo de sarcasmo): ¡En cambio yo de bo! ¿Crees que es obra de Dios el que tú jamás pierdas un hijo, ni un nieto, y que yo en cambio deba enterrarlos a todos menos a uno? Hay ruedas moviendo ruedas en este pueblo, y fuegos nutriendo fuegos.

PUTNAM (a Parris): Cuando llegue el reverendo Hale, procederéis a buscar rastros de brujería en esto.

PROCTOR (a Putnam): No podéis dar órdenes al señor Parris. En esta comunidad el voto es por persona y no por hectárea.

PUTNAM: Nunca os he notado tan preocupado por esta comunidad, señor Proctor. No creo haberos visto en nuestras reuniones sabáticas desde las últimas nevadas.

PROCTOR: Bastantes preocupaciones tengo sin viajar cinco millas para escucharle predicar no más que tormentos infernales y condenación eterna. Creed en lo que os digo, señor Parris. Hay muchos otros que hoy se apartan de la iglesia porque ya casi nunca mencionáis a Dios.

PARRIS (excitado): ¡Cómo! ¡Esta es una acusación muy grave!

REBECA: Hasta cierto punto es verdad; hay muchos que no se animan a traer a sus hijos...

PARRIS: No predico para niños, Rebecca. No son los niños quienes descuidan sus obligaciones para con este misterio.

REBECA: ¿Realmente hay quienes las descuidan?

PARRIS: Yo diría que más de la mitad del pueblo de Salem...

PUTNAM (interrumpiendo): Y más que eso...

PARRIS: ¿Dónde está mi leña? Mi contrato estipula que se me provea de toda mi leña. ¡Desde noviembre estoy esperando una astilla, y aun en noviembre mismo tuve que andar exhibiendo mis manos heladas como un mendigo cualquiera!

GILES: Se os asignan seis libras anuales para comprar vuestra leña, señor Parris.

PARRIS: Considero esas seis libras como parte de mi salario. Bastante poco se me paga sin que gaste seis libras en leña...

PROCTOR: Sesenta, más seis para leña...

PARRIS (*interrumpiendo*): ¡El salario es de sesenta y seis libras, señor Proctor! No soy ningún predicador de campaña con el librito bajo el brazo; soy diplomado del colegio de Harvard.

GILES: ¡Así es, y bien versado en aritmética!

PARRIS: ¡Señor Corey, deberéis buscar mucho para encontrar un hombre de mi clase por sesenta libras anuales! No es toy acostumbrado a esta miseria; abandoné un buen negocio en Barbados para servir al Señor. No alcanzo a desentrañarlo: ¿por qué se me persigue aquí? No puedo proponer nada sin que se produzca un alboroto de gritos y discusiones. Me he preguntado a menudo si no estaría el Diablo en esto; de otro modo no puedo comprenderos.

PROCTOR: Señor Parris, sois el primer párroco que ha exigido el título de propiedad de esta casa...

PARRIS (*interrumpiendo*): ¡Hombre! ¿Es que un párroco no merece una casa donde vivir?

PROCTOR: En donde vivir, sí, pero pretender la propiedad es como si fuese dueño de la misma capilla; en la última asamblea a la que acudí hablasteis tanto de escrituras e hipotecas que creí estar en un remate.

PARRIS: ¡Pretendo una prueba de confianza, eso es todo! Soy vuestro predicador en siete años. No quiero ser echado como el gato cada vez que ése sea el capricho de cualquier mayoría. Vosotros parecéis no comprender que un ministro es el representante del Señor en la parroquia; a un ministro no se le ha de perturbar ni contradecir con tanta ligereza.

PUTNAM: ¡Eso es!

PARRIS: ¡Habrá obediencia, o la Iglesia arderá como arde el Infierno!

PROCTOR: ¿Es que no podréis hablar un minuto sin que vayamos a parar al Infierno nuevamente? ¡Estoy harto del Infierno!

PARRIS: No sois vos quien decidirá lo que os conviene oír.

PROCTOR: ¡Creo que puedo decir lo que pienso!

PARRIS (*furioso*): ¿Qué, somos cuáqueros acaso? Todavía no somos cuáqueros aquí, señor Proctor. Y podéis decírselo así a vuestros partidarios.

PROCTOR: ¡Mis partidarios!

PARRIS (*por fin se desahoga*): En esta iglesia hay un partido. No estoy ciego; hay un bando y un partido.

PROCTOR: ¿Contra vos?

PUTNAM: ¡Contra él y toda autoridad!

PROCTOR: ¡Ah! Si es así, debo encontrarlo y unirme a él. (*Hay connción entre los demás.*)

REBECCA: No quiso decir eso.

PUTNAM: ¡Acaba de decirlo!

PROCTOR: Lo sostengo solemnemente, Rebecca; no me huele bien esta "autoridad".

REBECCA: No, no puedes quitarle el apoyo a tu párroco. Tú no eres de éstos, John. Estrecha su mano. Haced las paces.

PROCTOR: Tengo grano que sembrar y leña que arrastrar a casa. (*Va enojado hacia la puerta y se vuelve hacia Corey con una sonrisa.*) Qué te parece, Giles, encontraremos ese partido. Dice que hay un partido.

GILES: John, he cambiado mi opinión sobre este hombre. Os ruego que me perdonéis, señor Parris; nunca pensé que en vos hubiese tanta fortaleza.

PARRIS (*sorprendido*): ¡Cómo... gracias, Giles!

GILES: Esto le hace pensar a uno en cuál ha sido la dificultad entre nosotros todos estos años. (A todos.) Pensadlo. ¿A qué se debe que todos andemos demandándonos los unos a los otros? Pensadlo bien. Es algo profundo y negro como un pozo. Este año he comparecido seis veces ante la justicia...

PROCTOR (*interrumpiéndolo familiarmente, cordialmente, aunque sabe que con esto se acerca al límite de la paciencia de Giles*): ¿Es culpa del Diablo que uno no pueda decirte buen día sin que lo demandes por calumnia? Estás viejo, Giles, y no oyes tan bien como antes.

GILES (*no puede ser desviado*): John Proctor, hace apenas un mes que cobré cuatro libras de daños y perjuicios porque decías en público que yo quemé el techo de tu casa, y yo...

PROCTOR (*riendo*): Nunca dije tal cosa, pero te he pagado por ello, de modo que no puedo llamarte sordo sin que me cueste. Ven, acompáñame Giles y ayúdame a arrastrar mi leña a casa.

PUTNAM: Un momento, señor Proctor ¿qué leña es esa que arrastráis, si puedo preguntaros?

PROCTOR: Es mi leña. De mi monte junto al río.

PUTNAM: Vamos, nos hemos vuelto locos este año. ¿Qué anarquía es ésta? Ese trecho está dentro de mis límites, dentro de mis límites, señor Proctor.

PROCTOR: ¡De vuestros límites! (*Indicando a Rebecca.*) Le compré ese pedazo al marido de la señora Nurse hace cinco meses.

PUTNAM: El no tenía derecho a venderlo. En el testamento de mi abuelo dice claramente que todo el terreno entre el río y...

PROCTOR: Vuestro abuelo tenía por costumbre legar tierras que nunca le pertenecieron, si es que puedo decirlo sin rodeos.

GILES: Esta es la pura verdad; también había cedido mi pradera del norte; pero sabía que, antes de que alcanzase a firmar ese testamento, yo le hubiera roto los dedos. Vamos a llevar tu leña a casa, John. Siento que me vienen unas tremendas ganas de trabajar.

PUTNAM: ¡Cargad uno solo de mis robles y tendréis que pelear para arrastrarlo a casa!

GILES: Está bien, y además venceremos, Putnam... este bobo y yo. ¡Vamos! (*Se vuelve a Proctor e inicia la salida.*)

PUTNAM: ¡Tendrás que vértelas con mis hombres, Corey! Te encajaré una denuncia! (*Entra el reverendo John Hale, de Beverly. Aparece abrumado bajo el peso de media docena de voluminosos libros.*)

(*El señor Hale, intelectual de ojos ávidos y terso cutis, tiene cerca de cuarenta años. La presente es una grata diligencia para él: al ser invitado a comprobar si aquí hay brujería, sintió el orgullo del especialista cuya singular sabiduría es, por fin, reconocida públicamente. Como casi todos los estudiosos, dedicó buena parte de su tiempo a reflexionar acerca del mundo invisible, especialmente desde que él mismo, no hace mucho, descubrió una bruja en su parroquia. Sin embargo, bajo su penetrante escrutinio, esa mujer resultó ser una simple charlatana y la criatura a la que pretendidamente había estado afligiendo recuperó su conducta normal después de que Hale le brindara su bondad y unos días de reposo en su propia casa.*)

(*Pero esa experiencia no provocó en su mente la menor duda en cuanto a la realidad del trasmundo o la existencia de los multifacéticos lugartenientes de Lucifer. Fe que no lo desprestigia. Mejores cabezas que la de Hale hubo —y aún las hay— convencidas de que más allá existe una sociedad de espíritus. No puedo dejar de señalar que una de sus frases no ha provocado risas en ningún público que ha visto esta obra; es su afirmación de que "No podemos caer en supersticiones. El Diablo es preciso". Evidentemente, ni siquiera hoy estamos muy seguros de que el diabolismo no sea cosa sagrada y de la que no hay que mofarse. Y no es por casualidad que estamos tan confundidos.*)

Al igual que el reverendo Hale y los demás personajes de este tablado, concebimos al Diablo como una parte necesaria a un enfoque respetable de la cosmología. El nuestro es un imperio dividido en el que ciertas ideas y emociones y acciones son de Dios, y las opuestas, de Lucifer. Es tan imposible para la mayoría de los hombres concebir una moralidad sin pecado como una tierra sin "cielo". Desde 1692 un cambio grande pero superficial borró las barbas de Dios y los cuernos del Diablo, pero el mundo continúa oprimido entre dos absolutos, diametralmente opuestos. El concepto de unidad, en el que lo positivo y lo negativo son atributos de la misma fuerza, en el que el bien y el mal son relativos eternamente cambiantes, y siempre unidos al mismo fenómeno, tal concepto continúa reservado a las ciencias físicas y a los pocos que han captado la historia de las ideas. Cuando se recuerda que hasta la era cristiana el Averno nunca fue considerado como un área hostil, que a despecho de traspies ocasionales todos los dioses eran útiles y esencialmente amistosos para el hombre; cuando vemos la continua y metódica inculcación en la humanidad de la idea de la inutilidad del hombre —hasta su redención—, puede hacerse evidente la necesidad del Diablo como arma, arma ideada y utilizada una y otra vez, en toda época, para obligar a los hombres a someterse a una determinada iglesia o estado-iglesia.

Nuestra dificultad para creer —a cambio de una palabra mejor— en la inspiración política del Diablo se debe en gran parte al hecho de que él es invocado y condenado no sólo por nuestros antagonistas sociales sino por nuestro propio sector, cualquiera que sea. La iglesia católica, mediante su Inquisición, es famosa por cultivar a Lucifer como el archi-enemigo, pero los enemigos de la Iglesia no se apoyaron menos en el Diablo para mantener sojuzgada la mente humana.

Lutero mismo fue acusado de alianza con el Infierno y él a su vez acusó a sus enemigos. Para complicar más las cosas, creyó que había tenido contacto con el Diablo y que con él había discutido sobre teología. No me sorprende, porque en mi propia universidad, un profesor de historia —luterano, dicho sea de paso— acostumbraba congregarse a sus discípulos graduados, correr las persianas y platicar en el aula con Erasmo. Por lo que sé, nunca fue oficialmente escarnecido por

ello, pues, como la mayoría de nosotros, los funcionarios de la universidad son hijos de una historia que todavía chupa las tetillas del Diablo.

En el momento en que estoy escribiendo, sólo Inglaterra se ha detenido ante las tentaciones del diabolismo contemporáneo. En los países de ideología comunista, toda resistencia de cualquier origen es vinculada a los totalmente malignos súcubos capitalistas y en Norteamérica cualquier persona que no es reaccionaria en sus opiniones está expuesta a la acusación de alianza con el infierno rojo. Por lo tanto, a la oposición política se le da un baño de inhumanidad que justifica entonces la abrogación de todos los hábitos normalmente aplicados en las relaciones civilizadas. La norma política es igualada con el derecho moral, y la oposición a aquella, con malevolencia diabólica. Una vez que tal ecuación es hecha efectiva, la sociedad se convierte en un cúmulo de conspiraciones y contraconspiraciones y el principal papel del gobierno cambia para transformarse de árbitro en azote de Dios.

Los resultados de este proceso no son diferentes muy de lo que siempre fueron, salvo a veces en el grado de crueldad infligido y ni siquiera siempre en este orden. Normalmente, todo lo que la sociedad se permitía juzgar eran las acciones y los hechos de un hombre. La intención secreta de una acción se dejaba para los ministros, sacerdotes y rabinos. Pero cuando el diabolismo crece, las acciones son las manifestaciones menos importantes de la verdadera naturaleza de un hombre. El Diablo, como dijo el reverendo Hale, es astuto y, hasta una hora antes de caer, Dios mismo lo creyó hermoso en el Cielo.

La analogía, sin embargo, parece tambalear cuando uno considera que, mientras entonces no había brujas, si hay comunistas y capitalistas ahora y en ambos campos hay algunas pruebas de que nadan espías ocupados en minar al contrario. Pero ésta es una objeción petulante y para nada apoyada por los hechos. Yo no dudo de que la gente de Salem, si platicaba con el Diablo hasta lo adoraba, y si pudiésemos conocer toda la verdad en este caso, como sucede en otros, descubriríamos una regular y convencional propiciación del espíritu negro. Prueba innegable de esto es la confesión de Títuba, la

esclava del reverendo Parris, y también lo es el comportamiento de las chicas que se asociaron a sus brujerías.

Se cuenta de klatches similares en Europa, en donde, por las noches, las hijas de las ciudades se reunían, a veces con fetiches y a veces con algún joven seleccionado, y se entregaban al amor con determinados resultados bastardos. La Iglesia avizora como debe serlo cuando se trae a la vida dioses muertos hace tiempo, condenó esas orgías como brujerías y las interpretó correctamente como un resurgimiento de las fuerzas dionisiacas que había aplastado mucho antes. El sexo, el pecado y el Diablo fueron vinculados desde la antigüedad y así continuaron en Salem y así continúan hoy.

Según todas las noticias, no hay en el mundo costumbres más puritanas que las impuestas por los comunistas en Rusia, donde la moda femenina, por ejemplo, es tan prudente y púdica como podría desearlo cualquier bautista norteamericano. Las leyes de divorcio imponen una tremenda responsabilidad sobre el padre, en cuanto al cuidado de los hijos. Hasta la suavidad de los reglamentos de divorcio, en los primeros años de la revolución, fue indudablemente una reacción de la inmovilidad victoriana del matrimonio del siglo XIX y la hipocresía que consecuentemente se derivó de ella. Si no por otras razones, un estado tan poderoso, tan celoso de la uniformidad de sus ciudadanos, no puede tolerar por mucho tiempo la atomización de la familia. Y sin embargo, por lo menos a los ojos norteamericanos, persiste la convicción de que la actitud rusa hacia las mujeres es lasciva. De nuevo es el Diablo trabajando, tal como trabaja en la mente del esclavo que es sacudido por la mera idea de que una mujer se desvista en un espectáculo picaresco.

Nuestros adversarios siempre están envueltos en pecado sexual y es de esta convicción inconsciente de donde se obtiene la demoniología su atractiva sensualidad así como su capacidad de enfurecer y asustar.

Volviendo a Salem ahora; el reverendo Hale se ve a sí mismo como un joven médico en su primera visita. Su penosamente adquirido arsenal de síntomas, palabras mágicas y procedimientos para el diagnóstico, por fin va a ponerse en uso. El

camino de Beverly está inusitadamente concurrido esta mañana y él se ha cruzado con cien rumores que le hacen sonreír pensando en la ignorancia de la plebe acerca de esta ciencia tan exacta. Se siente aliado con las mejores mentalidades de Europa...: reyes, filósofos, hombres de ciencia y eclesiásticos de todas las iglesias. Su objetivo es la luz, la bondad y su preservación, y conoce la exaltación de los benditos cuya inteligencia, afinada por el minucioso examen de comarcas inmensas, es finalmente convocada para afrontar lo que tal vez sea una cruenta lucha con el Enemigo en persona.]

HALE: Por favor, alguien que me ayude.

PARRIS: (complacido): Señor Hale..., es bueno veros de nuevo. (Tomando algunos libros): ¡Oh, qué pesados!

HALE (depositando sus libros): Así deben ser, tienen todo el peso de la autoridad.

PARRIS (algo asustado): Ah, venís preparado, por lo que veo.

HALE: Tendremos mucho que estudiar, si se trata de encontrar la pista del Viejo. (Advirtiendo a Rebecca): ¿No seréis Rebecca Nurse, por ventura?

REBECCA: Lo soy, señor. ¿Me conocéis?

HALE: Es extraño que os reconociera pero supongo que será porque vuestro semblante refleja la bondad de vuestra alma. En Beverly, todos hemos oído hablar de vuestra generosidad.

PARRIS: ¿Conocéis a este caballero? El señor Thomas Putnam. Y su buena esposa Ann.

HALE: ¡Putnam! No esperaba compañía tan distinguida, señor.

PUTNAM (complacido): Hoy, esto no parece sernos útil, señor Hale. Confiamos en vos para que vengáis a casa a salvar a nuestra hija.

HALE: ¿Vuestra niña también está enferma?

ANN: Su alma, su alma parece haberse volado. Duerme, y sin embargo camina...

PUTNAM: No puede comer

HALE: ¡No puede comer! (Lo piensa. Luego, a Proctor y Giles Corey): ¿Tenéis, vosotros, hijos enfermos?

PARRIS: No, no, éstos son campesinos. John Proctor...

GILES: ...que no creen en brujas.

PROCTOR (a Hale): Nunca hablé de brujas en un sentido ni en otro. ¿Vienes, Giles?

GILES: No, no, John, creo que no. Tengo algunas preguntas especiales que hacerle a este tipo.

PROCTOR: He oído decir que sois una persona sensata, señor Hale. Espero que dejéis algo de ello en Salem. (Proctor sale. Hale permanece embarazado un momento.)

PARRIS (rápidamente): ¿Queréis examinar a mi hija, señor? (Guía a Hale hacia el lecho.) Trató de saltar por la ventana; la descubrimos esta mañana en el camino, agitando los brazos como si fuera a volar.

HALE (entrecerrando los ojos): Trata de volar.

PUTNAM: No puede soportar que se pronuncie el nombre del Señor; esto es un claro indicio de que hay brujería, señor Hale.

HALE (levantando las manos): No, no. Permitidme que os instruya. No podemos caer en supersticiones. El Diablo es preciso; los rastros de su presencia son tan definidos como la piedra, y debo prevenirlos que no pondré manos a la obra si no estáis dispuestos a creerme en caso de que no la encuentre (por Betty) chamuscada por el fuego del Infierno.

PARRIS: Está convenido, señor.... está convenido...; nos someteremos a vuestro juicio.

HALE: Bien entonces. (Va hacia el lecho y observa a Betty. A Parris): Decidme, ¿cuál fué el primer síntoma que advertisteis en este extraño caso?

PARRIS: Os diré, señor...; la descubrí a ella (indicando a Abigail)... y a mi sobrina y a diez o doce de las otras muchachas, bailando en el bosque, anoche.

HALE (sorprendido): Vosotros permitís la danza?

PARRIS: No, no, era en secreto...

ANN (incapaz de esperar): La esclava del señor Parris sabe cómo conjurar.

PARRIS (a Ann): No podemos estar seguros de eso, señora Putnam...

ANN (asustada, muy suavemente): Yo lo sé, señor. Envié a mi hija... para que Títuba le dijera quién mató a sus hermanitas.

REBECCA (horrorizada): ¡Ann! ¿Enviaste a una niña a invocar muertos?

ANN: ¡Culpeme Dios, Rebecca, pero no tú, no tú! ¡No dejaré que tú me juzgues mal! (A Hale): ¿Es cosa natural perder siete hijos antes de que alcancen a vivir un día?

PARRIS: ¡Shhh!

(Rebecca, muy dolorida, vuelve el rostro. Hay una pausa.)

HALE: Siete muertos al nacer.

ANN (suavemente): Así es. (Su voz se quiebra; lo contempla. Silencio. Hale está impresionado. Parris lo mira. Hale va hacia sus libros, abre uno, lo hojea, y luego lee. Todos esperan ávidamente.)

PARRIS (en voz baja): ¿Qué libro es ése?

ANN: ¿Qué dice allí, señor?

HALE (con la fruición de quien saborea un ejercicio intelectual): Aquí está todo el mundo invisible, atrapado, definido y calculado. En estos libros está el Diablo desnudado de todos sus torpes disfraces. Aquí están todos los espíritus que os son familiares; vuestros incubos y súbucgos; vuestras brujas que viajan por tierra, por aire y por mar; vuestros hechiceros de la noche y del día. ¡No temáis...; lo encontraremos si es que se ha mezclado entre nosotros, y me propongo destrozarlo por completo en cuanto muestre la cara! (Va hacia el lecho.)

REBECCA: ¿Dañará a la niña, señor?

HALE: No puedo decirlo. Si realmente está en las garras del Diablo, tal vez haya que rasgar y arrancar para poder liberarla.

REBECCA: Entonces creo que me iré. Soy demasiado vieja para esto. (Se levanta.)

PARRIS (tratando de ser convincente): ¡Vamos, Rebecca, hoy podemos dar con la clave de todos nuestros trastornos!

REBECCA: Esperémoslo así. Rogaré a Dios por vos, señor.

PARRIS (con agitación y resentimiento): ¡Supongo que no quieres decir que aquí rogamos al Diablo! (Breve pausa.)

REBECCA: Ojalá lo supiera. (Sale; los demás se sienten resentidos por su nota de superioridad moral.)

PUTNAM (bruscamente): Venid, señor Hale, prosigamos. Sentaos aquí.

GILES: Señor Hale, siempre quise preguntarle a un hombre ilustrado... qué significa la lectura de libros extraños.

HALE: ¿Qué libros?

GILES: No podría decirlo; ella los esconde.

HALE: ¿Quién los esconde?

GILES: Martha, mi mujer. Me he despertado más de una noche y la he sorprendido leyendo un libro. ¿Qué opináis vos de esto?

HALE: Bueno, esto no es necesariamente...

GILES: Me incomoda. Anoche..., notad esto..., lo intentaba y lo intentaba y no podía decir mis oraciones, y entonces ella cierra su libro y sale de la casa y de repente..., notad esto..., ¡de repente puedo rezar nuevamente!

(El viejo Giles debe ser presentado aunque sólo sea porque su destino fue tan notable y tan diferente del de los demás. En esta época había pasado los ochenta y fue el héroe más gracioso de la historia. Nadie fue jamás culpado de tanto. Si faltaba una vaca, la primera idea era buscarla cerca de la casa de Corey; un incendio provocado en la noche trajo hasta su puerta la sospecha de que fuera incendiario. Se le importaba un pito la opinión pública y sólo en sus últimos años —después de que se casó con Martha— prestó alguna atención a la iglesia. Es muy probable que Martha le interrumpiese cuando rezaba, pero él se olvidó de decir que hacía bien poco tiempo que había aprendido sus oraciones y que no se requería mucha cosa para hacerlo tropezar en ellas. Era un maníático y un fastidioso pero, con todo, un hombre valiente y profundamente inocente. En el tribunal le preguntaron una vez si era verdad que había sido alarmado por la extraña conducta de un cerdo y él contestó que sabía que se trataba del Diablo en forma de animal. "¿Qué fue lo que os asustó?", se le preguntó. Y él olvidó todo, menos la palabra "asustó" y replicó instantáneamente: "Que yo sepa, no he dicho esa palabra en toda mi vida".)

HALE: Ah, oración interrumpida... es raro. Hablaré con vos de esto.